

YO TENIA UN AMIGO

Francisco Morales Padrón

HAY tantos conceptos sobre la amistad como hombres. Pero en todas esas concepciones, y con los matices que se quieran, la amistad figura siempre como una donación de la intimidad, como una vinculación por el sentimiento de hombre a hombre. Vinculación forjada a base de confidencias y complicidades, de bajamares y pleamares, de tristezas y alegrías, de ideales y luchas compartidas. No importa que seamos distintos física, racial, espiritual o ideológicamente. Ni importa que sean diversas nuestras profesiones, ni que no coincidan nuestros gustos; nada influye para que dos seres sean amigos. Lo que interesa y prima es que aquello que haya de común sea cierto, esté enraizado en la hondura de nuestra sustancia y que la comunión afectiva a través de dos modos de ser hombres sea sincera y profunda.

Como la amistad lleva consigo la apertura del corazón y «vivir en otro», cuando el amigo nos falta se nos encoge el corazón y disminuye nuestro ser. Porque el amigo se ha llevado un fragmento de nuestra vida, de nuestra personalidad, de nuestros sentimientos, que se empobrecen al faltarles el trasiego espiritual con el alma hermana. Al amigo le vamos entregando trozos de lo que somos y hacemos —lo mejor de nosotros—, en la seguridad de que nos los devolverá, ya que es como un campo donde sembramos para cosechar. Si el amigo desaparece, y con él esa parcela de lo que somos y le habíamos donado, quedamos, ciertamente, disminuidos. Sentimos y decimos entonces «que nos falta algo».

Yo tenía un amigo —Florentino Pérez-Embid— que hace mañana un año acudió a una cita impostergable y nunca más volvió. Tampoco yo nunca más seré como era antes, al convertirme en más menesteroso y desamparado, viviendo la orfandad de una amistad que me enriquecía.

Me enriquecía con su generosidad y desprendimiento; con su jovialidad y entusiasmo; con su alborozo y optimismo; con sus consejos y sugerencias; con su ayuda y apoyo; con su sencillez y familiaridad; con

sus problemas e ilusiones; con sus prisas y sus caprichos; con su risa y con su voz; con su gesto y con el susurro de sus pasos; con su hacer cosas serias como quien realiza nimiedades, sin engolamientos, sin darle importancia, aunque, eso sí, dotándolas de trascendencia, porque sus razones no estaban de tejas abajo. Me ennoblecía con su alegría de vivir y amor a lo bello. He dicho alegría de vivir; es decir, su amor a la vida. Porque amaba a la vida, y de la vida a lo joven, que era futuro y esperanza, y a lo bello, despreciando a la muerte, como si fuera un fracaso y algo feo. «¿Cuántos años tiene?», era una tópica y habitual pregunta suya determinada por su entusiasmo por todo lo que fuera prometedor. Y por lo mismo que amaba a lo joven, sano y esperanzador, luchaba por el éxito propio y de los demás con cierto sentido renacentista, aunque consciente de que tan pronto el hombre nace es lo suficientemente viejo como para morir, y que la muerte es el fenómeno más trivial y común que existe. Quería ignorar a la muerte a sabiendas de que hemos sido hechos, en esencia, para morir y que «mientras somos, la muerte no es; y cuando la muerte es, nosotros no somos». Celoso del presente y transido de futuro, era una fabuloso fabricante de planes y proyectos, que iba anotando en una inseparable agenda emborrionada de una letra clara y rotunda. Como era su amistad y su existencia.

Instalado por azares de la vida en un mundo donde apenas le quedaban familiares —siempre su madre y hermano en el perenne recuerdo—, se apegaba a los amigos y demostraba una tremenda sed de afecto. Un afecto y cariño que saboreaba a través de pocas personas. Trataba a multitud de gentes, conocía a infinitos individuos, se volcaba sobre múltiples semejantes para, a la postre, refugiarse en tres o cuatro: sus amigos. Sus amigos, que lo eran más si vivían en la ciudad que él amaba y le obsesionaba. Como Ulises, soñaba con un eterno retorno a su Ítaca-Sevilla, agudizado este anhelo en los últimos tiempos cuando la agresividad, el desamor y el aire destructivo de la metrópoli-capital



Con el autor de este artículo.

le había afectado. Estaba ya convencido de aquello que escribió su paisano andaluz y poeta de Moguer: «Obligado desertor de Andalucía, por eso, por nostálgico habitante simultáneo de toda mi eterna España, detesto cada día nuestra ridícula necesidad madrileña. En mi movimiento interno, toda idea de capitalidad la relaciono siempre con una Sevilla posible o con una imposible generalidad.»

Al evocarle más fuertemente ahora, transcurrido un año de su ausencia en esta ciudad viuda de sus afanes, lo vemos deambulando por «paisajes del alma» y del corazón. Paisajes por donde anduvimos con él; con él, que un día nos dijo —y es verdad— que nada mejor para conocer a una persona que viajar con ella. Lo adivinamos en Sevilla, en la sierra de Aracena, en La Rábida, en Madrid, en Santander, en Lisboa, en Roma, en Bruselas, en Estambul, en Creta, en Ragusa, en Venecia, en Milán, en la isla de Tabarca, en Madera, en Canarias... Una serie de escenarios que degustaba con fruición por la carga histórico-estética que ellos entrañaban y por su significado espiritual. Desde ellos iba desgranando el rosario de las postales dirigidas a los

amigos, que deseaba hacer partícipes de su gozo. Un gozo tan mínimo como el de sentarse en la plaza de San Marcos a tomar un café y pergeñar tarjetas con una frase, un detalle de humor o un recuerdo encerrados en media docena de renglones y el abrazo que enviaba al amigo lejano. Lo contemplamos en estas geografías físico-sentimentales que van desde los archipiélagos atlánticos, tema de sus primeros escritos, hasta el Mediterráneo, «azul mediterráneo» que cantó Miguel Ángel Asturias, cuna de una cultura vieja que llevaba en su sangre como los hombres de su tierra, pasando por Madrid, hervidero y quemadero político.

No importa que ya no esté o pueda estar en ninguno de estos lugares, ni siquiera que no se le recuerde oficialmente en uno de ellos. No importa, porque está en el corazón del corazón de sus amigos, porque está en el lugar donde se encuentran todos los lugares y todos son eternos, y porque nos queda su memoria cubierta de mayos y abrils y la pena-satisfacción de saber que «la muerte se sintió orgullosa de tenerlo».

(«ABC», Sevilla, 21 de diciembre de 1975.)